VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA SOCIAL ILUSTRADA
DE
LITERATURA Y BELLAS ARTES
APARECE LOS DOMINGOS

Año II | Montevideo, Enero 16 de 1898 | Núm. 29

Director y Redactor:
RAFAEL J. FOSALBA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Capital un mes . . . . . . $ 0.50
Campaña y Exterior un mes . . » 0.60
Número corriente . . . . . » 0.20
Dirección y Administración: Convención 82

Administrador:
Máximo Seré
Secretario de Redacción:
Fermin Héctor Casas

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS

Cándida Diaz

Fotografía de Dolce Hermanos.

SUMARIO

TEXTO: PARA VIDA MONTEVIDEANA, por *Juan Montalvo*—PENTÉLICA, poesia por *Andrés A. Matta*—¡PENAS HONDAS! por la señorita *Sara Julieta Arlas*— MIOSOTIS, poesia por *Ubaldo Ramón Guerra*—COMO NACIÓ UN POETA, por *Edmundo D'Amicis*—PIENSA EN MÍ! poesia por la señorita *María H. Sabbia y Oribe*—RIMAS, poesia por *Mario E. De-María*—LOS NACIMIENTOS, por *Nicolás Granada*—DESDE EL MONTE, poesia por *Diego Uribe*—ACTUALIDAD, por *Constante G. Fontan Illas*—LA LLEGADA DEL HERIDO, poesia por *Nicolás N. Piaggio*—LA HIPÉRBOLE DEL ARTE: NERÓN, estudio filosófico-histórico-literario por *Francisco Caraciolo Aratta*—DESENGAÑO, poesia por *Juan Cárlos Menéndez*—LA LLAVE DE PLATA, por *Amado Nervo*—ESCÚCHAME!, poesia por *Vicente Magallanes*—EL PERDÓN, por *Francisco Coppée*.

GRABADOS: GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS: señorita CÁRDIDA DIAZ; fotografía de *Dolce Hermanos*, grabado de *Emilio A. Coll y Compañía* de Buenos Aires.

PÁRA "VIDA MONTEVIDEANA"

Obsequiamos hoy á nuestros lectores con una preciosa página inédita del notable literato Juan Montalvo, honra de las letras americanas. Recomendamos su lectura.

SIENDO como es el más natural y común, el de la muerte es el más gran trabajo, amigo mio: muere el extraño, muere el pariente, muere el hermano, muere la madre... Todos ellos son felices; la desgracia es de los que les sobreviven. Ayer la viste en pleno mundo, dueña de la salud, con vigor para treinta años, risueña y amable cuando te acariciaba: en sus ojos la luz, en sus lábios la sonrisa, en su garganta el dulce sonido de la vida: hoy es de la eternidad esa buena madre tuya: tiene salud, pero es de la gloria; su cuerpo no se mueve, su gesto no se contrae en los deliciosos gestos del cariño; sus ojos están cerrados; sus lábios han perdido el color y no se esponjan con la corriente sangre; sus brazos caen inertes; sus manos, blancas y frias como el mármol, ni se abren, ni se cierran, ni te llaman con ese ademán tiernamente imperioso con que solia atraerte para sí. La nombras y no responde, la tocas y no se mueve: déjala, duerme su sueño eterno.

Si esta desgracia no tiene remedio, ¿por qué lloras? Cabalmente lloras, porque no tiene remedio, y ésto lo dijo ya otro desgraciado. Si algo pudiera consolarnos en estos casos, serían las lágrimas de los que nos rodean; más querer infundir consuelo con vanos raciocinios, es dura necesidad, cuando la pesadumbre es toda nuestra vida; vemos para padecer, oimos para padecer, sentimos para padecer: entendimiento, sensibilidad, voluntad, todas nuestras facultades son elementos de dolor. Obligación sagrada es padecer: las lágrimas son un juramento que hemos prestado á la naturaleza humana. Muere tu hermano, llora; muere tu esposa, llora; muere tu madre, llora llora mucho, amigo mio, no te canses de llorar. Génio benéfico, ángel de la guarda, ambiente puro y saludable, la madre rodea, al hijo, le vé, le cuida, le defiende por todas partes: delegado de Dios, la madre penetra lo futuro; inspirada pitonisa, adivina los males que han de sobrevenir á su descendiente: esa inquietud, esa palidez, esa amable impertinencia con que nos favorece cada dia, todo es amor. Su corazón es una fuente pura: bebamos en él para crecer sanos y virtuosos: su alma es un divino espejo; mirémonos en él para corregir nuestras deformidades. Si nos dejásemos alumbrar por ella, cuán claros resplandeceríamos! Si nos dejásemos inspirar por ella, cuán prudentes juzgaríamos! Si nos dejásemos guiar por ella, cuán rectos caminaríamos! No hay madre que no sea un sabio, cuando se trata de la felicidad de su hijo; no hay madre que no sea poderosa, cuando su hijo necesita de su protección: cada cual en su esfera, todas son eficaces, desde la pobre desvalida que en una puerta de calle tiene á su parvulito en los brazos, hasta la señora coronada que anda mostrando á los pueblos el heredero del trono, todas viven y obran para su hijo: la una mira con sus ojos de hambre al transeunte compasivo, que le echa un centavo en el regazo; ya tiene pan para su hijo: la otra se pasea pomposamente en el imperio, derramando grandiosas caridades; ya tiene simpatias para su hijo. La madre, la madre para el hijo: ni el peligro le intimida, ni el sacrificio es superior á sus fuerzas, ni su ruina la contiene, si vá á salvarle y hacerle un nuevo bien.

Entremos en el seno de donde salimos, y veámos hervir en él mil clases de opuestas sensaciones: si somos felices, el gozo, la satisfacción corren alli en abundantes ondas; si desgraciados, un torcedor exprime su corazón, una obscuridad profunda reina dentro de élla. Si somos buenos, cuán satisfecha se halla de nosotros, cómo se siente grande y majestuosa con habernos dado á luz; si malos, la humillación la empequeñece, el pesar la debilita, la zozobra la destruye, pero no deja de querernos. ¿Qué lazo es este tan estrecho, tan fuerte, tan complicado, que ni la habilidad lo desata ni la espada lo rompe? Obra de Dios, al fin: el género humano reducido á una sola persona, por medio de hilos y ligaduras misteriosas é invisibles, sin las cuales los hombres serían unidades nacidas para la infelicidad, sombras solitarias que anduvieran quejándose por las tinieblas del mundo. Si tu madre te quiere, agradécelo á Dios; él la hizo para quererte; si se sacrifica por tí, agradecelo á Dios; él la hizo para sacrificarse.

¿Quién te dió la leche de sus pechos? Tu madre. ¿Por quién te criaste blanco, gordo, alegre y saltón como un serafinillo? Por tu madre. ¿Quién vela á tu cabecera sin apartar de ti los ojos, cuando caes enfermo; quién te refresca la frente con sus lábios; quién comparte contigo la vida comunicándote su aliento? Tu madre. ¿Quién baña tus manos con sus lágrimas cuando, jóven ya, no vás, derecho; quién te salva con su llanto y sus amorosos ruegos? Tu madre. ¿Por quién vives sin la inquietud del dia de mañana, satisfecho en el comer, aseado en el vestir, pulcro y gracioso en todo lo concerniente á los juveniles años? Por tu madre. Luégo la madre es todo para el hijo: universo reducido, á la madre ván á dar todos sus bienes, y su tierno corazón jamás deja de brotar para nosotros su rauda! vivificante: bebemos de él, sin agradecerle muchas veces; nos hartamos de felicidad, sin caer en cuenta, y por lo mismo sin merecerlo. Ella si sabe muy bien lo que nos toca: sospecha nuestros descarrios, y nos aconseja; adivina nuestras penas, y se aflige: nuestras angustias, de ella son; nuestras vergüenzas, de ella son; nuestras virtudes, de ella; nuestros triunfos, de ella; nuestras felicidades, de ella. Su vida depende de nuestra suerte y de nuestra conducta; podemos prolongarla ó acortarla, según la tenemos complacida ó la quebrantamos con los extravios y los males de la juventud. Pobre ente sensitivo y apasionado, pequeñuela criatura, inerme hija de la naturaleza, si se trata de levantarte, es grande; si de atreverse, heroica; si de sufrir, sublime; si de sacrificarse, mártir.

(Concluirá)

JUAN MONTALVO.

Caracas [Venezuela] Diciembre 3 de 1897.

PENTÉLICA

(INEDITA)

Discipline sus huestes la perfidia;
azote con satánica insolencia:
no le teme al dispáro de la insidia,
ni al acero cortante de la envidia
quien tiene por escudo la conciencia.

¿Qué la calumnia su veneno activa
y nos acecha en al combate récio?
Mientras el malo sin castigo viva,
se le arroja á la cara la saliva,
la saliva infamante del desprécio.

Cumple, poeta, tu misión. Avante,
aunque se muestre el porvenir incierto.
Nunca llega á Fezán el caminante
sin que hayan injuriado su semblante
las cálidas arenas del desierto.

Que los escombros del pasado queden
revueltos en el fondo del abismo,
y en ese abismo amenazante rueden
esos súcios cadáveres que hieden
á vergüenza y traición y despotismo.

Hay que abatir á aquel que de su altura
quiere ver de rodillas al de abajo.
La riqueza usurpada no perdura,
y el obrero es un dios: se transfigura
en el Tabor radiante del trabajo.

El camino es de luto y ovaciones;
el camino es de abrojos y laureles;
despertad y luchad, generaciones
que afemináis el alma en los salones
y destruis la sangre en los burdeles.

La vida es lucha secular. La gloria
se alcanza en el fragor de la pelea;
si dudas, gladiador, de la victoria,
no aguardes compasión, y tu memoria
para siempre jamás maldita sea!

ANDRÉS A. MATTA.

Caracas (Venezuela) Diciembre 10 de 1897.

¡PENAS HONDAS!

«Amor imposible es amor eterno»

Era hermosa, tan hermosa como una alborada de primavera.—Sus ojos grandes, negros y rasgados, habian robado un rayo de fuego al sol de Andalucia.—Su mirada, sólo comparable á la de la virgen de Koenich.--Su cabello de ébano caia en graciosos rizos sobre hombros ebúrneos y blancos como nieve de cumbre.—Su rostro ovalado y terso como plumaje de cisne.—Su voz suave y melódica como arrullo de tórtola, como quiebro de beso.

Diez y ocho abriles contaba apenas la encantadora Gilma, y ya negras nubes de tristeza sombreaban el cielo de su existencia.

Amaba la soledad, y sentiase feliz cuando escuchaba el murmullo de la fuente, el correr del arroyuelo que orlaba el pié de la colina, el graznido del ave agorera que cruzaba el espacio.—Y en medio del silencio augusto de la naturaleza, elevaba oraciones á su Dios—oraciones que eran suspiros y lamentos...

Entónces... con lánguido abandono apoyaba su espléndida cabeza en algún añoso árbol que habia visto nacer el sol del siglo. Soñaba.... soñaba con su ilusión querida, con su ilusión irrealizable. En sus obscuros ojos vagaba una mirada triste, sin brillo, que se perdia en lo infinito y en su boca, nido de besos, apenas aparecia una sonrisa nerviosa, llena de oculta y amarga melancolía.

¿Por qué esta tristeza? ¿Por qué ese temprano aislamiento de la realidad de la vida?...

Es que Gilma amaba... Amaba á un mancebo de ojos garzos y cabellos de azabache, de fisonomia noble y hermosa, que todas las noches, mientras ella dormia bajaba del espacio azul como la paloma biblica, envuelto tan pronto entre los pliegues de los arreboles de la aurora, como en flotante y pasajera nubecilla.— Llegaba hasta ella, besaba sus lábios de rubíes, enlazaba sus dedos con las finísimas hebras de su cabello y murmuraba á su oido palabras tan dulces y cadenciosas como el eco de un trino lejano, como el suspiro enamorado de la onda que muere en la ribera solitaria...

Pobre Gilma!!... Amor ideal, el suyo sólo encontraba consuelo y gozo cuando confiaba sus penas á la brisa juguetona, en cuyas notas le parecia á veces que vibraba la palabra del amado eternamente ausente del amado ido para siempre...

Algún tiempo habia transcurrido cuando a vi de nuevo. «¿No sabes—me dijo--que mi doncel, bueno como siempre y que me quiere mucho tanto como me queria cuando era de este mundo--me ha dicho que vaya á las regiones donde él se halla, en las cuales hay hermosisimas virgenes, espléndidas maravillas, un dia sin fin, donde reina perenne la deliciosa gaya primavera? ¿No oyes como me llama?.. ¿No escuchas su voz harmoniosa? Adios, adios, me voy á esas regiones, me voy con él».

Y rápida como una exhalación se alejó riendo á carcajadas y esclamando en su delirio con frases cortadas -«La guerra--la guerra--maldita sea la guerra!».

¡Loca!... murmuré, y pensé con profunda tristeza que *Amor imposible es amor eterno.*

SARA JULIETA ARLAS.

Montevideo; Enero 15 de 1898

MIOSOTIS

(Para ti)

Imájen de mi sueño castísimo, primero,
Alondra que su nido formó en mi corazón,
La de ojos como noches con brillo de lucero,
¡Permite que repita por siempre que te quiero!
¡Permite que alce el alma de nuevo su canción!

Tú sabes que te adoro;—que solo tu mirada
Me embriaga con sus luces donde refleja un sol,
Que en la tiniebla inmensa de mi eternal velada
Su lumbre, como faro que irrádia en la erizada
Y engañadora costa, derrama su fulgor!

Mi lira, la que llora mis ánsias juveniles
Se ajita á tu recuerdo deseosa de tañir,
El áura vaporosa se nueve en los pensiles,
Y veo nacer de nuevo mis sueños infantiles,
Los que forjar me hicieran risueño porvenir!

Mi reina!soy tu esclavo! Mi reina, ante tu planta
Depongo mi existencia, mi amor, mi fè, mi paz!
El arpa en que mi acento ardiente se levanta,
¡El alma que te adora, el alma que te canta
Con toda la behemencia de la pasión tenáz!

Mi diosa bendecida, mi ruiseñor parlero,
Mi estrofa idolatrada, mi vida, mi ilusión,
Esencia de jazmines, que respirar espero,
¡Permite te repita por siempre que te quiero!
¡Permite que alce el alma de nuevo su canción!

Mi pecho se estremece, si entre la brisa suave
Hasta sus fibras llega tu nombre encantador!
¡Tu nombre que yo quiero, como quererlo sabe
Aquel que escucha un poema en el cantar del ave
Junto al deshecho nido, de su primer amor!

Tú pasas y hasta el césped se ajita blandamente
Si acaso de tus plantas percibe su llegar;
Un himno misterioso murmura la corriente,
¡Y del azul divino desciende hasta tu frente
La aureola que se mece sobre el sagrado altar!

¡Imájen de mi sueño, antorcha bendecida,
Miosótis de mi huerto, postrera aspiración,
Ocaso de la tarde tranquila de mi vida!
¡Sea siempre tu pupila mi estrella más querida
La lira de mis cantos tu amante corazón!

UBALDO RAMÓN GUERRA.

Las Piedras, Enero 14 de 1898.

COMO NACIO UN POETA

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO ESPECIALMENTE PARA « VIDA MONTEVIDEANA »

Hé aqui como nació,—lo supe por él mismo,—la primera de las bellas poesías en dialecto, tan llenas de amor y gracia, que hicieron popular su nombre.

¿Quién no recuerda su delicioso *Sueño del Pastor*, al cual aparece en la cabaña, entre las tinieblas, la bellisima reina de quien se ha enamorado, y él la reconoce por el perfume que ella exhaló junto á su rostro al pasar en coche por su lado, el dia anterior, y, asustado por el milagro, ébrio de alegria, inflamado por el apretón de la mano real, cayendo de rodillas como un herido, liberta del pecho el torrente de amor en que se mezclan tan extraña y delicadamente las palabras del *Ave Maria* y las de sus cantos infantiles, y cree y no cree que sea ella verdaderamente, y piensa soñar y quisiera despertarse, y le parece no soñar y quisiera morir, y cubre esa mano de besos, caricias y lágrimas, hasta que se despierta con un sollozo en la garganta y con las manos juntas, para volver á empezar su vida dura y solitaria, oprimido por tristeza infinita?

Vivia en Turin como estudiante de Letras, sostenido á duras penas por su padre, capataz de albañil, que residia en Alejandria.

Tenia veinte años y aparentaba diez y seis; pero bajo aquel aspecto de jovenzuelo enclenque, se ocultaba una voluntad de hierro.

Vestia como un pobrecillo, vivia como un anacoreta y estudiaba como un benedictino, buscando afanosamente su propio talento, que sentia ya bullir y no encontraba todavia.

Era casto, tímido y reconcentrado. Era inevitable que se enamorase, y se enamoró.

No supo durante un año de quien se habia enamorado; y no le importaba saberlo porque el suyo era un amor sin objeto y sin esperanza, la adoración de un astro fulgurante fuera de su sistema planetario.

Era una alta é imponente señora de treinta años, de tez morena de siciliana, en cuyo rostro resplandecian los dos ojos mas hermosos de Turin, grandes y terribles, coronados por dos admirables cejas negras, que eran dos verdaderos arcos de triunfo; dos ojos extraños y profundos, en los que él no habia visto nunca brillar ni siquiera vislumbre de una sonrisa, y de los cuales era completamente imposible adivinar el alma y el pensamiento.

La primera vez que la encontró en la calle Garibaldi, volvió á casa con el ánimo turbado y permaneció triste varios dias. Y de cuando en cuando volvia á encontrarla, siempre en la misma calle y siempre sola.

Con solo verla asomar de léjos, se sentia dominado por un sentimiento de terror, como á la aparición de una figura gigantesca que llenara la calle y sobrepujara con la cabeza los palacios.

Y no queria mirarla; su mirada saltaba de aqui para alli desesperadamente, cuando se le acercaba, para huir de aquel rostro, como hace la mariposa en torno de la llama; pero concluia por caer sobre aquel rostro, en el último momento, como atraido por increible fuerza; y entónces una oleada de sangre le subia á la cabeza y le obscurecia la vista, y sus rodillas temblaban como las de un enfermo.

Un dia, por casualidad, la mirada de ella se cruzó con la suya, y palideció él tan visiblemente, que élla le miró fijamente por un segundo al pasar, y comprendió.

Comprendió, sin duda, porque, cada vez

que volvió á encontrarlo desde entónces, lo volvió á mirar, pero por un solo instante, y siempre con la misma mirada, negra y profunda, que no expresaba ni simpatía, ni curiosidad, ni asombro, ni complacencia, como la mirada de un idolo; como si en vez de posarse en el rostro de un hombre se hubiera posado en una piedra de los muros.

Y asi transcurrió un año.

Desear y temer encontrala; ruborizarse y palidecer bajo su mirada impasible; evocar de noche su imágen y con la imaginación arrodillársele delante y decirla por una hora las palabras más ardientes y humildes, sintiendo vacilar la razón cuando su mente subia hasta á la idea de la posesión; buscar en aquel amor secreto una inspiración al ingenio y no conseguir más que extraer estrofas informes del hervor de pensamientos é imájenes que le surgia en el cerebro bajo el rayo inflamado de aquel fantasma; verla dia más hermosa, más espléndida, más altanera, y sentirse cada dia más pobre, más misero, más nulo--tal fué la historia de su pasión de un año.

Por último, un dia, tuvo una revelación. Empujado á primera fila entre la multitud, delante del hospital Maria Victoria, mientras se apeaba de la carroza la duquesa de Génova, vió delante del portal, en la comitiva de las señoras que la esperaban, á *ella*, y oyó pronunciar su nombre á un jóven que estaba á su lado y que la señalaba con el dedo á otro.

Sintió un sacudimiento como si aquella voz le hubiera dicho al oido: Estas loco!.

Era la esposa de un noble piamontés de familia ilustre, diputado del Parlamento,--una estrella de la aristocracia pura, cuyo nombre habia leido muchas veces en los diarios--uno de esos nombres, en torno de los cuales brillan en la mente del pueblo, como una irradiación, mil imájenes doradas de poderio y fausto.

Y después de aquel dia se unió á su pasión un sentimiento más fuerte de la propia nulidad, una triste sonrisa intima de compasión y escarnio hácia el mismo; pero que tambien hacia la pasión más punzante.

Experimentaba una voluptuosidad más exquisita en salvar con la imajinación la distancia enorme que le separaba de ella, y en arrodillarse á sus piés, no ya como un amante, sino como un siervo, como un enano, como un animal doméstico, contento con respirar su perfume y oprimir contra la boca la orla de su vestido.

Y ya no fué tan violenta, sinó más dulce la conmoción que sentia al encontrarla, como si ahora la viera más de léjos, y fuera para él más bien una imágen que una persona viviente.

Su amor se iba convirtiendo en adoración. En su mirada ella podia ver mezclada, al ardor antiguo casi una dolorida resignación, una reverencia como hácia una soberana, una humildad de niño que decia: ¡Mi única alegria es la de verte; déjate mirar y perdóname!

(Concluirá)

EDMUNDO D'AMICIS.

Turin, Diciembre de 1897.

¡PIENSA EN MÍ!

Si has visto alguna vez correr el llanto
Por el rostro de un ser idolatrado,
Al recordar sus lágrimas ¡oh! piensa
Que tanbien he llorado.

¡Oh! piensa que á la tarde, cuando el astro
Del dia se hunde en el inmenso oceano,
Yo, que estoy sola, desde aqui te mando
Un beso con la mano.

Beso que ingrata el aura no te lleva,
Y se pierde, tal vez, en lontananza
Buscando entre las sombras de la ausencia
La luz de la esperanza.

Piensa que en noche de inquietud y fiebre,
Sin dormir, sin soñar, en cruel letargo
Pasé las mudas horas desechando
Un pensamiento amargo...

Amargo ¡ay! como el dolor. La mente
En ese instante de falaz delirio
Creyó ver extinguida la esperanza
Que endulza mi martirio!

Piensa que soy una mujer que busca,
En el fondo de un noble corazón,
La esencia del amor que tanto adora
El alma en ilusión.

Y es ella, es mi ilusión, la que volando
En las horas de insomnio llega á ti;
Su caricia es de fuego, si la sientes
¡Oh piensa, piensa en mi!

MARÍA H. SABBIA Y ORIBE.

Montevideo, Enero 15 de 1898.

RIMAS

Mujer,—yo no te amaba;—pero un dia
Se extremeció tu cuerpo,
Y al caer en mis brazos, sollozando,
Vencida por la hiel de mi silencio,—
Miré tanta pureza en tus pupilas,
Tanta pasión y tanto, sufrimiento......
Que arrancándome el alma en un suspiro
La dejé entre tus lábios con un beso.—

* * *

Te entregastes á otro.—La agonia
Que soporté por la mujer ingrata,
La pasé en el insomnio de una noche
Que por ser triste la crei más larga.—
Pero eso... se acabó.—Con el cerebro
Lleno de ideas frias como escarcha,
Hice subir al rostro una sonrisa
Con el primer albor de la mañana.—
Tú no te ries más.—Vives llorando,
Al ver tu juventud sacrificada.—
¡Tiene el oro sonidos muy siniestros
Cuando se entrega por su brillo el alma!
—¿Dices que no?-¿Por qué cuando me miras,
De lo más hondo de tu ser exhalas
Un suspiro tan triste, qué al perderse,
Deja sobre tus ojos una lagrima?.....

MARIO E. DE-MARÍA

Montevideo, Enero 15 de 1898.

LOS NACIMIENTOS

HE recorrido ayer, al caer de la tarde, muchos de esos barrios por los que no habia pasado siquiera desde muy niño. Es decir: he pretendido exhumar y reconstruir con la memoria á través de las transformaciones modernas. los sitios que me eran conocidos y familiares en mis años infantiles, en los entónces suburbios de la hoy inmensa capital.

¡Imposible!

La avalancha del progreso, arrolladora é incontrarrestable, se ha lanzado por sobre el paisaje antiguo, ha nivelado el suelo, ha volteado el viejo arbolado, ha derruido las caracteristicas viviendas, ha recortado y hasta cubierto el horizonte, ha aplastado ó empujado hácia regiones desconocidas á los antiguos moradores, ha transformado el ambiente, cambiado los rumores caracteristicos, alterado hasta la tipica sensación de los olores; alli no hay cercos de pitas y de tunas, calles terrosas ó pantanos, cuestas y callejones bordados de frondosos ombúes, casas cuadradas rodeadas de anchos y bajos corredores, cercados de álamos é higueras, con el viejo duraznal al fondo y la nória de ladrillo rojo rodeada del cañaveral, que sombreaba el charco en que se bañaban los patos y cantaban las ranas; el jardinillo en que se alzaban justamente orgullosos por su perfume, que es la nobleza de las flores, el viejo floripondio, el fresco cedrón, la suave mosqueta blanca, el jazmin del pais, las malvas de olor, y las madreselvas, y los nardos, y las rosas.

No he visto tras de las frondosas matas de saúco, consteladas por sus estrellas de florecitas pequeñas y suavemente olorosas, matas entre las que duerme el chingolo, que, de noche, al oir el más leve rumor, repite entre sueños una breve frase de su canción matinal; no he visto, decia, la aplastada techumbre de paja del rancho primitivo, que cobijaba en aquellos tiempos la amilia principal de *la nación*, como se llamaban á si mismos en sus respectivas denominaciones de tribu, los negros africanos que abundaban entre nosotros.

Era en estos dias, en estas tardes, mejor dicho, cuando tronaban profundamente por aquellos alrededores los broncos *tambores*, llamando la concurrencia ávida de fiestas originales marcadas con el sello de un especial exotismo, á los *camdombes*, en donde los *camundá*, los *muñolos*, los *banguelas*, los *congos*, los *guineas*, los *casancha*, los *cambinda*, bailaban sus danzas especiales, á que daban también singular carácter los cantos y los instrumentos originarios de cada una de estas tribus.

El Dia de Reyes, era marcado por una verdadera algidéz de entusiasmo en los *sitios*.

Desde temprano, los morenos vestidos con trajes brillantes, y las más de las veces del más comico anacronismo, visitaban á las autoridades y casas más respetables de la ciudad, invitando para la fiesta, que, en

honor del rey Baltazar (el rey negro) deberia verificarse en ese dia en sus respectivas *naciones*.

La abigarrada comitiva, en la que figuraban el rey y la reina, los principitos y damas y caballeros de la corte, eran generosamente obsequiados en todas partes, y seguidos en sus procesionales excursiones, por una turba multa que los admiraba y aplaudia.

Generalmente iban en una vieja calesa descubierta, la reina vestida de colorado con gran manto, abalorios al cuello y corona de lata dorada en la cabeza; el rey, de capitán general, merced á algún viejo uniforme regalado por algún prócer de la independencia, al que él añadia galones ordinarios, borlas, flecos y plumas; los principes con pollerones muy almidonados y crujientes; los nobles, como Dios y su inventiva les daba á entender.

Los régios personajes se cobijaban bajo un descomunal paráguas rojo.

Amenizaban la marcha de la comitiva real, los rítmicos puñetazos dados sobre el parche de los graves tambores de sonidos profundos y opacos, por sobre cuyo rumor heria el aire con el sonido del moderno *crí-cri*, imitativo del canto de las ranas, el seco estallido de las lengüetas metálicas de las *malimbas*, á que acompañaba el bordoneo de los *bayan*, acentuado por el chasquido monótono de los *yeruás*, cargados de granos de maiz.

Yo fui amigo de varios reyes de aquellas naciones.

Eran monarcas populares, que, pasada la época de las grandes fiestas tradicionales, abandonaban en el arca de cedro que servia de guardarropa oficial, toda su brillante indumentaria, y en mangas de camisa, descalzos, con un pañuelo de yerbas fajado sobre la ya canosa mota, el aro de oro en la oreja izquierda, el grasiento tirador de cuero á la cintura, y el tála en la mano derecha, en cuyo dedo indice lucia un ancho anillo de plata primorosamente fregado con polvo de ladrillo, salian de mañanita por esas calles de Dios, dando agudos silbidos, con un tablero en la cabeza al que cubria un verdadero juego de ropa de cama, compuesto de colchón, sábanas y frazadas, entre las que iban en ordenadas menas acomodados, los calientes y perfumados pasteles, gritando á voz en cuello:

¡Tá tapao! ¡Pastele caliente que quema lo diente! ¡ Fioooo ! (no conozco en letras la onomatopeya del silbido).

¡Luce coco! Luce coco! También fué rey. Una intriga electoral (desde entónces y en aquellos paraisos hotentotes suburbanos, se conocia ya, aunque muy rudimentariamente, esta enfermedad politica), una intriga electoral, lo *demitió* del alto rango; pero como el mando se ejercía alli en nombre y con la intención de cosas más alegres de las que forman los programas de nuestros actuales candidatos, generalmente más candomberos que aquéllos, Domingo, que asi se llamaba este principe, victima de no sé qué desacuerdo de cierto acuerdo, dobló minuciosamente la casaca régia, que según él le venia muy estrecha, sacudió en el aire ruidosamente los calzones cortos de pana, empapeló cuidadosamente en una Gaceta Mercantil plagada de decretos espeluznantes, las reales zapatillas bordadas, dió una última mano de sebo de la riñonada al marcial espadin, único simbolo del ejército en la nación *lubola*, á que pertenecia, y colocado todo esto en el arca-archivo, pues éstos eran los únicos documentos nacionales de aquel pueblo feliz, se fué tranquilamente á colgar su tablero rebosante de alfajores con grajea, rosquetes bañados y panecillos de dulce de coco, en el grueso poste de ñamdubay que limitaba la esquina de Suipacha y Victoria, haciendo cruz con la confiteria de don Bartolo, en la casa luego conocida por de Dupuy; y alli, tranquilo, modesto, afable, mostrando á todos la blanca mazamorra de sus dientes sanos y limpios como sus pasados actos gubernativos, agitando el plumero sobre la *fatura* que iluminaba un farolillo, siguió su monótono y tentador pregón:

¡Luce coco! ¡Luce coco !

¿Y los nacimientos?

Yo he sido más de una vez cómplice en la confección artística de estas piadosas y sencillas locuras plásticas.

Mamá Sebastiana, una negra, que amasaba riquísimas golosinas de hojaldra, hacia mazamorra, y confeccionaba en platitos de loza ordinaria las sabrosas y amargas aceitunas de los Olivos y de la quinta de Wilfen, hacia nacimiento en estos dias clásicos.

El Niño Dios, que era una hermosa imágen de origen catalán casi del tamaño de un bebé nacido á tiempo y de padres constituidos á la antigua, era prestado por una señora de Solveyra.

San José, como padre putativo de aquella encarnación divina, no podia llegar á la talla de su hijo, ni aún fisicamente hablando, de manera que era un San José liliputiense, al lado de un Jesús de la raza de los Gulliver.

La virgen María, habia sido confeccionada en familia, sobre la personificación, un poco mundana, de una espléndida muñeca vestida de novia, único ejemplar conocido entónces en Buenos Aires, recibida desde Paris por una encantadora niña de Lezica

Nicolás GRANADA.

(Concluirá)

Montevideo, Enero de 1897.

DESDE EL MONTE

INEDITA

I

Con paso triste, acompasado y lento,
Herida el alma de honda pesadumbre,
Por entre arbustos que agitaba el viento
Llegué de un monte á la empinada cumbre.
Y allí en la inmensa soledad, perdido,
Doquier rodeado de maleza hirsuta,
Me recliné, por el calor rendido,
Bajo la sombra de salvaje gruta.
De allí, miré luchando el pensamiento
Y la materia en la mitad del dia!
Y ví que en alas del callado viento
El himno del trabajo á Dios subia.

II

La barra cae sobre el peñón con ruido
De la cantera en la entreabierta boca,
Y del taladro al hórrido estallido
Salta en pedazos la musgosa roca.
En la cañada de peñones rica
Gañán robusto, que el luchar no arredra,
Levanta al golpe de su férrea pica
Polvo menudo de menuda piedra.
Allá á lo léjos, en el bosque anciano,
Se escucha el eco que retumba ronco,
Del fuerte hachazo que nervuda mano
Da sobre el viejo, retorcido tronco.
Allí el minero aparta las serenas
Ondas del río, horada las montañas
Para buscar el oro en sus arenas,
Para buscar el oro en sus entrañas.
La blanca reja, tras la tarda yunta
Diviso en el confin del horizonte,
Que al internar su relumbrante punta
El seno rasga del cuajado monte.
Sin rumbo fijo, en la extensión perdido
El aire llena volador enjambre,
Que deja sólo, abandonado el nido,
Para dar paso al conductor alambre.
Y en el rúbio trigal el aire llenan
Francas y alegres, campesinas voces,
Mientras la espiga por el suelo siegan
Las blancas hojas de las corvas hoces.

III

El silencio siguió tras la tarea,
Y tras la luz, la sombra y el misterio,
Al descender á la vecina aldea
Me detuve en el triste cementerio;
Donde el aldeano, que con fuerte brazo
Y al compás de sus rústicos cantares
Volara rocas, y á su fuerte hachazo
Derribara los troncos seculares;
Allí reposa en el eterno sueño,
Bajo la sombra de tupida hiedra,
Y de una cruz, labrada en tosco leño
O cincelada sobre dura piedra.
Entónces preguntó mi pensamiento:
¿Todo este trabajar que en torno zumba
Dura lo que una ráfaga de viento,
Y el premio del trabajo es una tumba?.....
Respondiendo á esta duda que me aterra
Rasga la luna de la sombra el velo
Y me muestra las tumbas en la tierra
Y me muestra los astros en el cielo!

Diego URIBE.

San Salvador, Diciembre 9 de 1897.

ACTUALIDAD

Modo de engañar el hambre – Liquidación económica y política – Moralizando

Habiamos cenado frugalmente y salido á pasear por la calle 18 de Julio, en busca de buena digestión y fresco. A poco andar tropezamos con un buen amigo, hombre de significación política, presupuestado, finos modales, carácter amable, franco, expansivo, capaz de animar á cualquier pensador, preocupado con los árduos problemas de la situación social de este pueblo infantil uruguayo. Hechos los saludos de cordial amistad, muy pronto recayó la conversación sobre tópicos del dia, ocupando preferente lugar los cuadros que ofrecen la

mayor parte de esos individuos que es hallan dia y noche ocupando las mesas que adornan los salones de los Cafés, fondines y bodegones. Asi platicando llegamos à la plaza Independencia, nueve y media p. m. Su soledad y aire fresco nos obligó á tomar asiento, y una vez reclinados comodamente, nuestro bondadoso acompañante continuó en sus observaciones, condenando con severidad á todos los que pasaban las noches fuera de sus hogares entregados al vicio de las jugarretas, madre de las borracheras y robos.

Naturalmente, de observación, á observación, de pregunta y contestación, llegamos á la cuestión económica que domina en la actualidad á todas las clases sociales, por más que la gran anarquia que reina en todos los bandos politicos, sea motivo para aplazar sus efectos desastrosos: la bancarrota y la miseria.

Nuestro ilustrado interlocutor, sostenia que ya el hambre azuzaba á muchas familias, y que precisamente esa condición concurria á que muchos padres con sus hijos frecuentasen las casas de juego y pasasen las noches entregados al vício, que es un *modo de engañar el hambre.*

En efecto, respondimos; la necesidad aguza el entendimiento asi como al estómago, y por eso Herodoto refiere que en tiempo del rey Atys, hijo de Manes, hubo una escacez tan grande de provisiones entre los Lidios, que se entregaron á todo especie de juegos *para engañar el hambre*, como dice aquel historiador. A poco tiempo, el jugar vino á ser un substento de alimento, comiendo un poco en un dia, y jugando todo el siguiente, con tanta esactitud que pasaron veinte y dos años en el sistema alternativo de comer y jugar, hasta que el pueblo fué socorrido por el comercio y agricultura. Todos los juegos más dificiles y complicados fueron inventados por los Lidios durante el largo curso de sus necesidades. ¡Cosa estraña! que la necesidad haya inventado aquellos medios que arruinan á tantas personas, y hacen morir de hambre á sus familias! Y que el pueblo uruguayo esté imitando, á los Lidios....!

¡Cáspita! dijo nuestro complaciente compañero, ahora disculpo á cada uno y á todos los que pierden los dias y las noches entregados al vício de jugar, ó á ver jugar, en espera de ser convidado á *tomar la chiquita.* Con la referencia histórica que acabo de oir, compadezco á esos pobres desgraciados, *entregados al vício de jugar comò medio de engañar el hambre*, tal vez victimas de la necesidad creada por la desvalorización de los Certificados de Tesoreria.

Eso puede ser, contestamos, para las clases que viven del Presupuesto de la Nación; pero hay que tener presente que, en rueda con esos malos empleados, ó dependientes del Presupuesto, Senadores, diputados etc., se hallan socialmente y en comandita muchos particulares, hombres de letras, Abogados, Médicos, Escribanos, Procuradores, Comerciantes, etc. etc., su mayor número, de procedencia anterior á la creación de ese *Clavo Certificado de Tesorería.* Puede establecerse que el vicio de jugar en Montevideo, empezó el año 1881, Administración Santos, y que continuó extendiéndose en razón del aumento de lujos y desarrollo de inmoralidades en el seno mismo de la sociedad. La corrupción administrativa que tiene postrado al pais, es legitimo efecto del estravio de los hombres, que dominados por el vício, son indiferentes al cumplimiento de sus deberes y á la virtud del hogar. De aqui la formación de la familia con hábitos desordenados, hijos voluptuosos, sin respeto á sus padres, sin aplicación al estudio ni al trabajo, incorregibles, futuros candidatos de ingreso á las salas de los hospitales y para las celdas de la Penitenciaria. Hay que tener paciencia, mucha resignación, pues *el pais está en plena liquidación social, económica y politica.* Ya se liquidó el Banco Nacional, muchas otras instituciones bancarias, de crédito, y sólidas fortunas particulares. Se liquidaron también crecido número de Generales y Coroneles conceptuados prestigiosos. Entró en turno la liquidación de los hombres de talento tenidos por hombres estadistas y de Estado. Y por todo lo que se ha producido, y se vé, y se dice, es necesario, indispensablemente necesario, que cantinúe la liquidación politica hasta fijar un gobierno de fuerza, fuerte en la opinión del pueblo por su patriotismo, ilustración y honradez, por diez años cuando menos, para depurar la administración como se reclama; para moralizar la sociedad y la crec ente generación; y finalmente para evitar la bancarrota y la miseria, y salvar la Pátria de los Uruguayos.

Con lo dicho, nos despedimos de nuestro amable é ilustrado compañero hasta nueva oportunidad.

CONSTANTE G. FONTÁN ILLAS.

Montevideo, Enero 15 de 1988.

LA LLEGADA DEL HERIDO

(FRAGMENTO)

Miradlo, es un herido el que conducen
Del campo aterrador de la pelea;
En los dorados que sus hombros lucen
Aún hay sangre valiente que gotea.
Su rostro demacrado, la mirada
Indecisa, sin fuerzas, sin aliento,
Así llega después de la jornada,
Después de un batallar crudo y sangriento.
La multitud por verle se aglomera
En medio de un silencio sepulcral,
Allí ninguno indiferente espera,
Hay en los rostros ansiedad mortal.
Vuelve los ojos otra vez al mundo
Ese roble que el àbrego deshoja;
Las fibras del soldado moribundo
Vibran ¡ah! con el ay de la congoja.
¡Esposo!... ¡Hijo del alma!... ¡Padre mio!
Varias voces exclaman á la vez:
Son gritos que deploran un vacío,
Varias almas que lloran su viudez.
A esas quejas sentidas, el soldado
Contesta apenas con doliente voz:
La pátria... por nosotros... se ha salvado...
Muero. . queridos... de mi vida... adios!
Y entre los suyos, de dolor transidos,
El suspiro final lanza el cruzado,
Talvez acariciando el pensamiento,
Que al llegar á ese linde, á esas orillas
Consuela en el terror de tal momento...
Las lágrimas invaden las mejillas,
Se apodera del alma el desaliento;
Y en los aires se escuchan los plañidos,
Que tañen corazones desgarrados,
Con las notas mas negras de un lamento:
Son los ayes de tantos desvalidos
Que lleva lastimero entre sus brisas
Y en cadenciosos gárrulos el viento.

NICOLÁS N. PIAGGIO.

Montevideo, Enero 15 de 1898.

LA HIPÉRBOLE DEL ARTE

NERÓN

ESTUDIO FILOSÓFICO--HISTÓRICO--LITERARIO

(Continuación)

Probado el nuevo tósigo, por Nerón, en un robusto jabalí, lo hiere de muerte con la rapidéz de la chispa eléctrica. Británico acude á otro convite de Nerón y paga con la muerte su audacia, pues á los postres, palidece, lanza un grito de angustia sintiéndose abrazar las entrañas como por un hierro enrojecido, abre los ojos como un ahogado, dobla la cabeza sobre el pecho como si tuviera un gozne y rueda pesadamente por el suelo, donde se revuelca en las convulsiones de una agonía tremenda, mientras Nerón, tranquilo como un patriarca exclama:

«Al pobre le ha atacado la epilepsia!... pónganlo en un baño frio». Asi lo hacen los esclavos y sólo sacan un cadáver rigido lleno de manchas negruzcas por toda la piel. Al otro dia fué enterrada con el mayor sigilo la victima de la envidia artistica de Nerón.

Era un dia lluvioso y tètrico como si el cielo llorara sobre la tierra este nuevo crimen del mónstruo artista y lo cubriera con denso velo de nubes para no horrorizar al mundo con tanta infamia.

Poppea era la segunda mujer de Ñerón después que hubo repudiado á Octavia. Poppea era una noble romana, alta, hermosa, de elegantes y esculturales formas; sus grandes y rasgados ojos, sus arqueadas cejas como medias lunas, y su boca de corte delicado como el arco de Cupido, su educación esmerada, y su modo ático de llevar los flotantes pliegues de su túnica, cándida como armiño, la hacían una de las matronas más celebradas de la época neroniana.

Una tarde en que Nerón habia *divertido* hasta la noche á su pueblo amado, con el atractivo de su canto, que ya para los romanos no era ya celeste sinó infernal, al entrar en casa de Poppea, ésta enojada le pidió cuentas por su tardanza. No necesitaba la fiera tanto para azuzarse y sin tener en cuenta el estado harto interesante de Poppea ó quizás teniéndolo demasiado en cuenta para hacer más daño, le dió tal terrible puntapié, como la coz de un mulo, en medio del vientre, que la infeliz rodó por el

suelo, donde murió, convulsa, á los pocos instantes.

Dice Paul de Saint-Victor: «El tipo clásico del asesino», que hay que juzgar á Nerón: la política entra poco en sus crímenes: estos traspasan todos los razonamientos, todos los cálculos; la lógica nada tiene que ver con esta amalgama de loco, de histrión, de bandido y de artista. Pertenece al alienismo histórico, una ciencia á crearse y de donde saldrán la mayor parte de los Césares malvados. Nerón es un niño ilimado á quién han dado el mundo por juguete; es un muchacho malo y robusto, al que jamás ninguna resistencia ha enfriado el cerebro y ni calmado los nervios; el quiere y puede, y quiere á todo momento y su voluntad excitada por la ejecución inmediata, se hincha, se engrandece, se exajera desmesuradamente y se ajita en convulsiones si dá con lo imposible.

La luna en un barreño de agua! acaba por pedir el niño colérico, al cual jamás negaron nada. La cabeza del género humano! este seria el último deseo del César. El mata á derecha é izquierda por accesos, por crisis, sin motivos y para satisfacer una nececidad física de su temperamento. Sus lujos, sus vicios, sus orgias, sus caprichos, llegan hasta la hipèrbole oriental. Siendo un mónstruo vive monstruosamente.

No está la medida aun colmada; aún no há visto Roma el *crescendo* criminal del tirano que soporta como la torpe meretriz los golpes del amante brutal y se resigna y calla vilmente sin tener valor para revelarse ni para protestar siquiera. No ha bastado que Nerón cubriera á los pueblos de impuestos arbitrarios de cargas y expolios: que ordenara raptos, proscripciones, rapiñas y atroces suplicios á los últimos romanos del templo de los Brutos y los Cracos; que diera el ejemplo de la corrupción más lujuriosa en medio de un pueblo ya de por si harto corrompido; que iluminara de noche sus jardínes con niños cristianos enclavados sobre estacas y untados de resina, como las antorchas funerales de su decadente imperio; no bastaba que fuera incestuoso abominable y luego parricida; la medida no estaba aún colmada, no! ¿Quién no ha oido hablar del colosal incendio de Roma, que Nerón ejecutó por una veleidad artística; de este asunto terrorífico, que ha hecho vibrar las liras de los poetas más inspirados y ha guiado el pincel de tantos pintores sublimes para darnos cumplida idea en el verso y en la tela de aquel hecho sin igual en los fastos de la historia del universo?

Una noche mientras Roma olvidaba su orijen divino, y se entregaba como una bacante frenética, coronada de pámpanos y de rosas, en brazos de los placeres; noche orgiaca en que los poetas vendidos cantaban los obcenos amores de Hércules con el rapto de Europa, y las metamórfosis olímpicas en que las Taides y Frhines pompeyanas daban sus besos de asiática lujuria á los gladiadores robustos y membrudos, mientras los romanos se enervaban en las orgias sibaríticas, y las carcajadas de los beodos de Falermo apagaban los lamentos de los mártires cristianos inmolados por el puñal de los sicarios ó el hacha de los lictores, un grito espantoso se dejó oir por los cuatro ángulos de Roma; grito tremendo, que como el grito herido arrancado á todos los gritos del infortunio humano, compendiaba los acentos de terror de tantos miles de romanos, al ver que el incedio devoraba á Roma, como si de pronto hubiera llovido el fuego destructor de los astros encendidos.

FRANCISCO C. ARATTA.

(Continuará)

Desengaño

En un álbum

Hoy, en la edad de los ensueños castos,
miras las cosas por celeste prisma;
tus abriles risueños, placenteros,
con delicadas flores se atavian.

Es el camino que recorres, bello,
tiernas las aves á tu paso trinan,
naturaleza para tí sonrie,
¡todo á placeres y al amor convida!

Tus pies inquietos, breves y ligeros,
sobre césped florido se deslizan,
espléndidos mirajes te seducen,
te enloquecen, te ciegan, te fascinan.

Quizá el amor, con sus ardientes rayos,
toca á tu corazón, quizá le anima
y de color rosáceo nacarado
cuanto á los ojos se te ofrece pinta...

Pero mañana ¡desventura inmensa!
no el espejismo engañará tu vista,
la realidad, aterradora, tétrica,
que es un infierno te dirá la vida...

JUAN CÁRLOS MENÉNDEZ.

San José de Mayo, Enero 14 de 1898

ESCUCHAME!

Con esos grandes ojos de celestial mirada,
con esos luengos rizos que llevas con primor,
con ese cuello hermoso de virgen adorada,
con esos rojos lábios que besan con ardor,

Me tienes, alma mía, ya ha tiempo esclavizado;
me siento todo tuyo, mi vida es venerar
esa existencia tuya que me ha regenerado:
soñando yo vivia, me hiciste despertar.

Desde que tú me amas, desde que yo te ví,
desde la tarde aquella de dulce aparición,
no vivo un sólo instante, no hay dicha para mí,
sin escuchar tu nombre, aquí en el corazón.

Te siento, amada, siempre latir dentro del pecho,
Tú llenas de ventura mi espléndido existir:
Bien puedo estar ausente, soñando ya en mi lecho,
tu imágen no me deja, conmigo va á morir.

VICENTE MAGALLANES.

Montevideo, Enero 15 de 1898.

LA LLAVE DE PLATA

Nada tiene de extraño que habiéndonos amado mucho, hoy casi nos odiemos. Se levanta ante nosotros el recuerdo, si antes encantador y dulcemente triste de nuestras citas, hoy importuno, para ella sobre todo.

El beso robado á hurtadillas en el gentil kiosco de mimbre del pátio, entre cuyas rejas débiles se enroscaba la bugombilia con lujo de flores y de guias frescas y temblorosas.

La confidencia de anhelos y esperanzas indeterminados, que llegan al alma con el último rayo del ocaso, ó con el rayo primero de Vésper.

El juramento fervoroso, pronunciado con voz desfalleciente, en tanto que las manos calenturientas se oprimen.

Todo eso, que fué tan bello y que hoy se ha convertido en recuerdo enojoso, nos aleja. Además, ella se ha casado; es madre ya: dos valladares más profundos aún.

Bien sé que no ama á su marido; más, no por eso atentaré contra la paz de ese matrimonío. No le ama, es claro. Un mes antes de casarse, ignoraba por completo que en breve debia encadenar sus destinos á un hombre que no era yo.....

Fué en el radiante plenilunio de abril; era el espacioso piélago de plata. Ni un jirón de nube en el alma. El discreto misterio del kiosco, en cuya red se tamizaban los rayos de la luna, nos envolvia.

El zenzontle favorito de mi amada nos daba un concierto gratuito. Su leve garganta, pletórica de trinos, ensayaba aquella noche sus más dulces *ritornellos*, sus más lánguidas *fermatas*, sus *crescendos* más bien matizados.

La poesia de que estaba impregnado todo, nos sugestionó poderosamente.

Eran aquellos instantes de calma infinita, propicios á la promesa, á la caricia y al suspiro.

Ella jugaba con su *mascota*, víbora de plata que se enredaba á su muñeca llena de hoyuelos y cuyas fauces cerraba un diminuto candado, del cual pendia la llave microscópica por medio de débil cadenilla de delicado engarce.

--Dame esa llave,--le dije; creeré que con ella me dás la de tu corazón. Además, asi será preciso que lleves siempre contigo la pulsera, y que te acuerdes mucho de mi, que sólo puedo abrirla.

Rompió con movimiento nervioso la cadenilla y me alargó la llave:

--Seré tuya, ¡eternamente tuya!

Y un beso leve, casi imperceptible, selló su juramento.

Un mes después se habia casado, de la manera más natural del mundo. Podria yo entrar aqui en detalles para justificarla... pero los detalles me fastidian.

Asisti á la ceremonia en calidad de amigo de la casa, y cuando la pareja dejaba el templo, en el átrio, casi al pié del carruaje que debia conducirla á su casa, me acerqué á la novia y ofreciéndole la llave de plata, la diminuta llave, le dije:

--Dejaste caer esto en la iglesia; probablemente se rompió la cadenilla.

La tomó con cierta rapidéz convulsiva y subió al coche.

Antes de entregar la llavecilla, habia yo cerrado con ella la urna de mis ilusiones, blancas como aquellas noches inundadas de luna, de mis esperanzas, muertas en flor como aquellas guirnaldas de bugombilia cuando cayó sobre ellas extemporánea escarcha.

Hoy nos odiamos; ignoro si podriamos vernos con indiferencia.

Quizá es mejor así: la indiferencia no evade el contacto social. ¡Y si volvia à mi poder la llave!... ¡Y si abria de nuevo mi urna!...

AMADO NERVO.

Buenos Aires, Enero 13 de 1898.

EL PERDÓN

TRADUCIDA DEL FRANCÉS ESPECLALMENTE PARA VIDA MONTEVIDEANA

En la casa--una gran colmena de obreros de la calle de Delambre, donde Tony Robec hacia seis meses ocupaba un cuarto--todo el mundo lo creia viudo.

Tony Robec, cajista en una imprenta del barrio Latino, salia todos los dias á su trabajo, llevando en brazos á su hijo, niño de seis años, y lo dejaba en una escuela. Al salir del trabajo recogia al niño, y comprando lo necesario para la comida, se encerraba en casa hasta el otro dia.

Al verle jóven todavia y buen mozo, y con un aspecto tan triste, las vecinas decian: « Este hombre deberia casarse otra vez.. ¡Un hombre tan arreglado! Pronto hallaria una honrada muchacha que cuidase de él y de su hijo. ¡Qué aseadito lleva al niño! Bien se vé que es un hombre de buena conducta. Y gana diez pesetas de jornal».

La portera, que era una mujer sentimental, decia á las vecinas: «No hay que cansarse, este viudo no se casará jamás. El domingo pasado le encontré con su hijo en el cementerio de Montparnasse. Allí, sin duda, está enterrada su mujer. «Y qué pena daba verle con su huerfanito al lado! Ha debido adorar á su difunta».

¡Ay, sí! Tony Robec habia querido tiernamente á su esposa; pero no era viudo.

Su vida habia sido muy sencilla, más no feliz.

Habiase casado á los treinta años cumplidos, y aunque á esa edad y por sus circunstancias le habria convenido, una muchacha juiciosa, Tony Robec perdió la cabeza con el lindo palmito de una florista de diecinueve años, honrada sí, pero tan frívola, que sólo pensaba en adornarse con sus cuatro trapitos. Se casó, pues, con su Clementina y al principio fué feliz.

Cuando al poco tiempo de casados tuvieron un niño, Julianito, cada quince dias iban á verle á Margency, donde lo criaba una nodriza. Muerto al cabo de un año el pobrecillo, los padres se consolaron pronto con el nacimiento de Adriano, que la madre quiso criar.

Para esto abandonó el taller y se puso á trabajar en casa. A[illegible] así sólo ganaba a mitad, no por [illegible] de emperegilarse y echárselas de S[illegible] en el paseo de Luxemburgo, donde llevaba en un cochecito de mimbre á su bebé.

A pesar de que Tony se mataba á trabajar, el matrimonio se vió apurado y acabó por contraer deudas. Como entretanto Adrianito iba creciendo y se le mandaba á la escuela, la madre, muchas veces sin ocupación y coqueta siempre, se aburria en casa y empezó á tomar la costumbre peligrosa de salir de paseo por las calles.

Figúrense ustedes ahora aquel pobre hombre, prematuramente envejecido, abrumado por la fatiga y los cuidados y aquella linda locuela de veintitres años, bonita como una figura de Greuze...

Una noche, al volver á casa con el niño que habia recogido de la escuela, Tony Robre encontró sobre la chimenea una carta de la que al romper el sobre cayó al suelo el anillo de boda de Clementina. En esta carta la pérfida se despedia de él y de su hijo, pidiéndoles perdón.

Románticos jurados, que, bajo pretexto de crímen pasional absolveis siempre á los maridos ultrajados, que cegados por la sangre matan á la mujer y al seductor, de seguro encontráis al pobre Tony muy ridículo y acaso un poco vil. Ello es que su cólera fué menor que su dolor. Lloró mucho y cuando su Adriano le decia: «Donde está mamá?», besaba apasionadamente al pequeñuelo contestándole: «No sé ».

Clementina habia huido en los primeros dias de Mayo--¡qué perverso es á veces el aroma de las lilas!--y Tony, en el mes de Julio, vendió casi todo el mobiliario para pagar las deudas, y buscando barrios donde no fuera conocido, se vino á la calle de Delambre. Allí era donde vivia tan discreta y tan dignamente con su Adriano y le creian viudo.

A fines de Septiembre recibió una carta de su mujer; cuatro páginas incoherentes y desesperadas, en que la tinta se habia desleido con las lágrimas. Su amante, un estudiante de medicina, se habia marchado hacia cinco semanas á pasar las vacaciones con su familia y no escribia ya, ni daba señales de vida. Hallábase abandonada; á la traidora le habian hecho también traición y se arrepentia, imploraba, clamaba piedad.

¡Qué daño hizo esto al pobre Tony! Pero tranquilizaos, jurados feroces que tenéis el alma del Moro de Venecia, y si no lo llevais á mal, devolved por un momento vuestra estimación al pobre hombre. Fué altivo y nada contestó á la esposa culpable.

No volvió á tener noticias de Clementina hasta la víspera de Navidad.

Hacia algunos años que en tal dia observaba la tierna eostumbre de ir con su mujer á depositar un modesto ramo de flores en la tumba de su pobre Julianito, su primogénito, muerto en mantillas, que habian querido tener cerca de ellos, en Montparnasse, en una concesión de cinco años que estaba renovada ya.

Esta era la primera vez que Tony Robec practicaba esta piadosa peregrinación sin mas compañia que la de su hijo Adriano, y al franquear la puerta del Camposanto, bajo un fúnebre cielo de invierno—¡volved á despreciar este corazón cobarde, terribles Otelos del jurado!—el pobre sufria como nunca con el recuerdo de la ausente, de la fugitiva.

«¿En dónde estará ahora?--pensaba—¿qué habrá sido de ella?»

Pero al llegar á la tumba de Julianito, que encontró con alguna dificultad, hubo de pararse sorprendido.

Sobre la losa habia tres ó cuatro juguetes como los que se dá á los niños mas pobres—una trompetilla de hojalata, un polichinela, un perrito de lanas—que acababan de ser puestos allí, pues eran completamente nuevos y evidentemente habian sido comprados el mismo dia.

«¡Ah, juguetes!»—exclamó Adriano, gozoso con aquel hallazgo.

Pero el padre, que habia descubierto un pedazo de papel sujeto con un alfiler en los juguetes, se bajo, lo cojió, y leyó estas palabras de una letra que conocia harto bien: «Para Adriano, de parte de su hermano Julián, que está ahora con el niño Jesús. »

De pronto sintió que su hijo se apretaba contra él murmurando asustado: «¡Mamá!» y algunos pasos de allí vió una mujer pobremente vestida, pálida y ojerosa. que, arrodillada junto á un grupo de cipreses, tendia hácia él las manos juntas y suplicantes.

Aquí para entre nosotros ¡oh—jurados feroces y sanguinarios!--yo no creo que Tony Robec pensara en aquel que nació el dia de Nochebuena y con la palabra y con el ejemplo enseñó el perdón de las injurias.

El obrero no tenia religión, pero su corazón plebeyo ignoraba el amor propio y el rencor. Después de un estremecimiento producido, más que por la rábia del antiguo ultraje, por la compasión de ver en tan miserable estado á la mujer que tanto habia querido, empujó suavemente al niño hácia ella y dijo: «Adriano, corre á abrazar á tu madre».

Estrechó la infeliz al niño con un abrazo frenético, dióle diez besos en los cabellos, y después, levantándose y dirigiendo á su marido una mirada suplicante: «¡Qué bueno sois!»--murmuró.

La distancia no muy larga entre el cementerio y la calle de Delambre, la recorrieron á grandes pasos. Tony sentia temblar en el suyo el brazo de Clementina. El niño iba junto á ellos, distraido ya, admirando los juguetes.

La portera de la casa donde vivia el obrero, se hallaba en el umbral de la puerta.

«Señora—le dijo Tony—esta es mi mujer, que desde hace seis meses se hallaba en su pueblo cuidando á su madre enferma y que vuelve á vivir conmigo».

Al subir la escalera tuvo que sostener y casi llevar á la infeliz que se deshacia en sollozos, y con la emoción y la alegria se sentia desfallecer.

Cuando llegó á su humilde cuarto, Tony hizo sentar á su mujer en el único sillón y le puso de nuevo el niño en los brazos. Abrió despues un cajón de la cómoda, y sacando de una cajita de cartón el anillo de bodas de Clementina, se lo puso en el dedo; y solamente entónces sin una palabra de censura, sin ninguna alusión á lo pasado, silencioso, gravemente, con la ámplia generosidad de los corazones sencillos, la besó en la frente para que estuviese bien segura del perdón.

FRANCISCO COPPÉE.

Estab. Gráfico á vapor, Calle Convención-82